

Dead Man Talking

Nereidín Feliciano
Guaynabo, Puerto Rico

La verdad es que no podía creer que hiciera tanto frío. Me lo habían dicho muchísimas veces, pero no lo había querido creer. ¡Qué horror! El frío es tan frío que traspasa la ropa, la carne, los músculos, los tendones, las venas y las arterias. Te traspasa el aura y llega hasta el alma. Y hasta más allá.

Sabía desde un principio que esa fiesta no iba a quedar tan fabulosa como habían prometido. Era demasiado ruido para una fiesta. Había licor por todas partes, sí; de todas las clases y de todas las marcas. Había licor para escoger.

La cocaína era la mejor que yo había probado. Blanca, pura y cristalina. Era celestial. Los invitados eran la crême de la crême. La crema y nata de la mejor ciudad del país.

¡Ahhh! Y el auto. Un Jaguar del año. El mejor auto del mundo. El más veloz y maravilloso auto que pudiera tener una persona para mantener su autoestima exactamente donde debe estar. Doce cilindros. Tragaba gasolina como desesperado, pero eso no importa. Era lo mejor. Me lo regalé para mi cumpleaños porque me lo merezco.

Me regalé también el mejor apartamento en el mejor condominio de San Juan. Con vista a la bahía. Los cruceros acariciaban el mar al entrar en la bahía, dejando que los pequeños remolcadores los arrastraran como Amazonas hasta el muelle que los esperaba con los brazos abiertos.

Las hormiguitas que bajaban de los cruceros eran los pasajeros que venían de otras tierras a comprobar lo que prometían los opúsculos: las más bellas playas, la ciudad más preciosa del Caribe, los anfitriones más acogedores. Esos somos nosotros.

Volviendo a la fiesta. Sí, señor, la mejor comida, la mejor bebida, la cocaína más pura, las mujeres más hermosas, los hombres más guapos, el mejor auto, el mejor apartamento de San Juan.

¿Y la mejor fiesta? Mmmm.

No sé cuándo comenzó a deteriorarse. Si fue antes de las tres de la madrugada o después. Ya los invitados estaban saturados. Era muy difícil que pudieran sostenerse en pie después de los ríos y mares que habían bebido. Sí, ríos y mares, ya no eran litros y galones. Bebieron hasta caer en estado comatoso.

Yo no. Yo estaba muy bien. Sobrio. Tranquilo. Tratando de mantener una conversación con un miembro del coro de la última ópera que se había presentado en Bellas Artes. Digo tratando porque el tipo estaba tan borracho y tan drogado que estaba hablando incoherencias. Yo casi no entendía lo que me decía, porque ya la lengua no era suya. Le pesaba tanto y estaba tan grande que parecía la lengua de King Kong.

Traté de despedirme varias veces pero no me entendía y ya tenía que irme porque les había prometido a los amigos ir al Yunque al día siguiente a almorzar. Me despedí otra vez y me fui en busca del anfitrión o el dueño de la casa, el primero que encontrara. No, no era la misma persona. Habían prestado la casa para la fiesta porque el anfitrión y el dueño eran muy amigos.

Me encontré con el anfitrión en la sala, pero al acercarme para despedirme noté que tenía los ojos cerrados. También estaba en coma. Al parecer, la única persona sobria en esa fiesta era yo.

Salí a la noche fresca donde me acarició la luna y me saludaron las estrellas. Me subí a mi Jaguar nuevo del año y arranqué. No había tránsito en la carretera a esa hora. Era muy de madrugada.

Al asegurarme de que no había más autos, aceleré mi Jaguar y pisé el pedal de la gasolina. ¡Qué sensación de poder! El velocímetro marcaba 50 millas... 60... 80... 100 millas... 120... Iba volando.

No había visto la muralla divisoria. La habían colocado esa tarde para construir el nuevo carril. Traté de frenar en mi Jaguar. Mi Jaguar es maravilloso, pero a 120 millas por hora con una muralla de cemento encima era imposible frenar y evitar dar con la muralla.

La verdad es que no podía creer que hiciera tanto frío.